



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

1.º de junio de 1889

Núm. 83



LA SOMBRA



UN RATO DE CHARLA

Ciertamente que una de las cosas más hermosas que se encuentran en España es el mes de Mayo, cuando á la naturaleza se le antoja darse el lujo de tener una primavera, que no siempre sucede así.

Este año, hay que reconocerlo, la primavera existe. Se ve, se toca y se huele en sus más preciadas demostraciones: las flores, el ambiente. ¡Qué bellos están los campos, qué sereno aparece el cielo, qué dulce la atmósfera! No parece sino que la madre tierra entona un himno á la botánica...

Ciertamente que el campo es una cosa bella en el mes de Mayo, sobre todo si el propietario no piensa en la contribución territorial ó el estudiante no recuerda la proximidad de Junio. Nada más hermoso que Mayo, nombre más florido aún que el propio de *Floreal*.

Por supuesto que no pretendo imponer á nadie mi opinión, pues así como la idea de Mayo despierta en mí la imagen de sombríos bosques, de ondulantes sembrados, de pájaros *canoros*, de flores silvestres, de arroyos *murmuradores*, de amarillos retamares, de intrincadas madre-selvas, de rosas y claveles, de alfombras de esmeraldas salpicadas de rubíes, de árboles frondosos y de mariposas de pintadas alas, no negaré que á otros les disgusta lo verde y maldicen del color de espinaca que dicen ofrecen *las fincas*.

Yo no soy enemigo de lo verde, aunque deba esta confesión arrancar algún chiste facilísimo de hacer: el verde es un color modesto, es el color complementario del rojo. De ahí que sea tan magnífico un rosal de rosas encarnadas. Ciertamente que el azul, el color del cielo, es el color ideal, y por eso abunda tanto en la Exposición Universal de París; pero el verde es, en cambio, el color de la esperanza, el color de la vestidura de los árboles y plantas, ese símbolo de la inocencia.

El verde se presenta á veces en circunstancias que le hacen maravillosamente bello. Por ejemplo: nada más precioso que el matiz de un angosto brazo de mar entrando muy adentro en una costa cubierta de arbustos y céspedes y plantas. El barco parece deslizarse sobre una superficie de esmeraldas, tal como suena, no por vía de metáfora.

Las tintas verdosas (no me gusta la palabra) de los crepúsculos son asimismo delicadísimas, de una suavidad sin igual.

Lo que hay es que el verde es un color difícil que sólo sabe emplear bien el Supremo Hacedor, y ya en este bajo mundo los japoneses. El verde torpemente usado es ridículo, ya lo sé; es insoportable, lo reconozco; es aborrecible, me consta. Véanse, si no, las tres cuartas partes de los *Paisajes* con que nos



Buen hermano

obsequian los pintores de paisés. En cambio, ved la verde huerta de Valencia, ved la paradisiaca vega de Murcia, ved Andalucía, ved Cuba, y decidme si puede darse nada más bello que el color susodicho, deshonrado ¡ay! por los pendones de la Inquisición, aunque ennoblecido por el estandarte de los Osmanlies y las charreteras de los batallones de cazadores.

Pero basta ya de clorografía, quedando en que el mes de Mayo merecería llamarse, sin equivoco, el *Mes verde*, como otros meses podrían llamarse el gris, el rojo, el negro, el blanco, el amarillo, el tornasolado, etc., etc.

*
* *

Contrasta con la alegría y placidez de la creación inanimada (por más que muchos supongan en las plantas cierta inteligencia, localizando su órgano en las extremidades de las raíces) la sobreexcitación de los ánimos humanos, especialmente en Madrid. El templo de Temis y la casa de Astrea, vulgo las Salesas y el Congreso, han sido teatro de escenas violentas y en sus ámbitos han resonado espantables insultos. Por fortuna fué cosa de poco momento, y es de creer que así que arrecien los calores nadie tendrá ya ganas de incomodarse, prefiriendo dejar correr la bola y dormir la siesta.

Por supuesto que las escenas del Congreso han causado poquísimo efecto fuera de allí, pues de cada vez se muestra más indiferente el país á los *debates parlamentarios*.—Allá ellos,—dicen los más, midiendo por un mismo rasero á todos los consumidores de turnos y de caramelos.

*
* *

Todo hace creer que la coronación de Zorrilla será una cosa grandiosa, y de ello me alegraré infinitamente, pues se verá que el país, saliendo, por fin, de su letargo, hace caso de otra clase de hombres que de los que hacen del presupuesto su única aspiración. El venerable anciano podrá gozar la más dulce satisfacción que cabe anhelar en este mundo, y su apoteosis en vida disculpará el abandono en que se dejó morir á Cervantes y á tantos otros como exhalaban en la oscuridad y la miseria su último suspiro; lista larguísima que abarca desde el autor del *Quijote* al de *El cocinero de Su Majestad*.

¡Triste cosa ver que, mientras tanto mamarracho cobra 30,000 reales de cesantía, los que enriquecen y enaltecen á la nación deban morir abandonados!

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



GLOBOS AEROSTÁTICOS

Como todos los grandes inventos, deben su descubrimiento á una simple casualidad.

Hallábase en Aviñón José Montgolfier cuando los ejércitos combinados proyectaban formalizar el sitio de Gibraltar. Solo, refugiado en un rincón de su hogar y contemplando de vez en cuando encendidos tizones que ardían



El nido del jilguero

en su chimenea, estudiaba atentamente un pequeño croquis del sitio, y se exasperaba cuando se convencía de que era imposible salvar las fortificaciones de la plaza ni por tierra ni por mar.

—Pero á lo menos,—decía entre sí,—¿no se podría llegar á ella al través de los aires? El humo de esta chimenea se eleva por sí solo: ¿por qué no podría almacenarse este humo y concentrar con él una fuerza disponible?

Echóse á calcular al punto el peso de una superficie dada de papel ó de tafetán, la dilatación del aire, la expansión del calórico, la presión correspondiente á la columna de aire libre, y, sin detenerse más, se procuró en seguida unas varas de tafetán.

Construye sin dilación su primer globo, que podríamos llamar *de prueba* ó *de ensayo*, y, convenientemente preparado, lo ve elevarse del suelo, con gran asombro de los que presenciaron la sorprendente ascensión. Entonces escribió

á su hermano Esteban, que se hallaba en Aunonay, diciéndole: «Prepara buena porción de tafetán y cuerdas y vente en seguida, que verás una de las cosas más admirables del mundo.»

En efecto, reunidos los dos hermanos, acordaron entre sí el mejor modo de imitar una especie de nube artificial capaz de sostenerse en la atmósfera, é hicieron varios ensayos y tentativas hasta asegurarse de la exactitud de sus combinaciones.

Entonces, el 5 de junio de 1783, forman un gran globo de lienzo ó tafetán, cubierto de papel; llenándole de humo de paja y de lana lo lanzan al espacio, y tienen la satisfacción de ver que á los pocos minutos se remonta majestuoso, elevándose hasta mil toesas, con general asombro de la población, que contemplaba estática aquel sorprendente experimento.

Propagóse con rapidez esta noticia, voló á París, é inmediatamente el famoso físico M. Charles se dedicó á hacer algunos ensayos, teniendo la feliz idea de emplear como sustancia aeriforme el gas hidrógeno y de contenerlo dentro de una tela muy ligera é impermeable cual es el tafetán barnizado con cierta preparación de goma elástica. Así construyó un globo de 12 pies de diámetro, que se elevó en el campo de Marte el 27 de agosto de 1783.

Los Montgolfiers trasladáronse entonces á París, y repitieron su experimento en Versalles, el 20 de setiembre, en presencia de toda la corte. Elevaron un globo construido exactamente según el primer modelo de invención, el cual, además de un gran peso, llevó en la barquilla algunos animales vivos que resistieron sin el más leve contratiempo la ascensión, descendiendo ilesos en el bosque de Vancresson.

En vista de tan halagüeño resultado, se animaron Pilâtre de Rozier y el marqués d'Arlandes á navegar por *el piélago inmenso del vacío*, siendo los primeros que lo verificaron, suspendidos de un globo de figura oval de setenta pies de altura, que se elevó, el 21 de noviembre del propio año 1783, en un sitio cerca de París, cayendo, en su descenso, á la otra parte de la capital.

Seguidamente verificó M. Charles varias atrevidísimas ascensiones, todas ellas con feliz éxitó, continuando de esta suerte los experimentos ejecutados por varios sujétos, entre los cuales descendieron siempre en primer término los mencionados hermanos Montgolfier, quienes, estimulados por los favores de la corte y por las mercedes que les dispensaba Luis XVI á la par que la Academia de Ciencias de París, se dedicaron con verdadero ardor á la perfección de su maravilloso invento.

TRINIDAD DE LA ROSA



HISTORIA DE UN GATO

HALLÁBANSE en casa de la marquesa de X., en torno de un brasero bien encendido, tres gatos de avanzada edad y blancos como la nieve que caía en aquel momento en la calle. Estaban aquellos gatos recordando tiempos pasados, cuando se hallaban en pleno vigor y sosteniendo luchas gatunas, cerca de una chimenea en el tejado. En esto estaban, cuando dijo el más joven de ellos:



Ocupación agradable

—Si queréis os contaré mi vida, que, á la vez de diversión, os dará entretenimiento.

—Aceptado,—contestaron sus amigos. Y el pituso comenzó su historia de la siguiente manera.

—Yo, dijo,—soy el descendiente de una famosa pareja, tan diestra para cazar ratones como para hacer desaparecer en su estómago alguna que otra chuleta. Pues bien: como ya he dicho, era el descendiente de aquella feliz pareja, y yo y mis hermanitos constituíamos las delicias de un viejo matrimonio sin hijos, haciendo mil monadas y disputándonos las moscas.

Pues bien: aquello acabó como acaba todo, y fué el caso que en dos meses se murieron los dos; y la cocinera, que, como ella decía, nos tenía unas ganas, nos puso, á mi padre, á mi madre, á mis tres hermanitos y á mí, de patitas en la calle, es decir, en la calle precisamente no, pero sí en casa del tendero de enfrente, que le hacían falta bastantes gatos para que los ratones no se le comieran el género, pues tenía tienda de comestibles.

Pasé bien el primer mes, pero al segundo ya me iba hartando de ratones y bacalao y queso podrido; al tercero dije:—Abur, Perico,—y me largué á la calle un día que estaban descuidados. Ya en la calle, tiré hacia abajo y me distrajo un ruido que se hacía más grande. Me volví: eran los soldados que se conoce que venían de palacio, de la parada. ¡Qué bonito efecto hacía! Pero cádate aquí que le da la gana al músico mayor de tocar algo, y se armó tal estrépito y tal susto me di, que pegué un salto y fui á caer á los pies de un portero de una casa, que se estaba riendo á más y mejor al ver mi figura de asustado. Cuando acabó de reir, me cogió y me subió al piso segundo de la casa.—Ya



Ocupación agradable

tienen gato los chicos del segundo,—dijo, y tocó la campanilla. Abrió la criada, y el portero dijo:—Aquí está el gato.—¡Qué algarabía se armó! Tres chicos que habían salido detrás de la criada para ver quién había llamado, empezaron á gritar:—¡Mamá, ya nos han traído el gato!—Y cada cual me cogía de distinto sitio, y todos me querían llevar ante la presencia de su madre; tanto me apretaron, que me hicieron mayar. Entonces los muchachos dijeron:—Tendrá hambre, y me llevaron como en volandas á la cocina, donde me presentaron una cazuela de garbanzos fríos y patatas deshechas y un platillito con agua. Probé los garbanzos, y, como hacía mucho tiempo que no los había comido, me gustaron y comí bastantes, lo que hizo prorrumpir en exclamaciones á los niños. Aquel día lo pasé perfectamente pues me mimaban mucho. No sucedió así en adelante, pues fuera de la comida, que era buena, los niños no me dejaban en paz: quien me sacaba de fuera de la mesa, tirándome del rabo; quien me ataba á la pata de una silla, para ver si podía con ella; otro me tiraba á la artesa



Los dos perros

llena de agua, para ver si nadaba. En fin, un día ya me harté, y le tracé en la cara á uno cinco paralelas con las uñas. Salió el padre tras mí, con un garrote, diciendo que me iba á deslomar, mientras la madre decía al arañado:—No tengas cuidado: mañana nos le comeremos en pepitoria.—Yo me estremecí y escapé á correr, seguido del padre con el garrote. Por fortuna para mí, estaba la puerta de la escalera abierta. Salí á la escalera, y subí por arriba, teniendo la fortuna de que mi perseguidor perdiese la pista. Yo, por si acaso, me introduje en una de las habitaciones de la guardilla, donde había una vieja, que me hizo mil carantoñas y mimos. Allí me instalé. Mi vida varió, pues la vieja me dejaba que me solazase en el tejado, donde solía poner al jilguero, y yo tomaba el sol. ¡Qué buena vida! Pero ¡ay! un día, día aciago para mí, en mis paseos matutinos me encontré un gatazo; pero á pesar de que yo me escondí junto á un tubo de una chimenea rota de raíz, el gato me vió y empezó á bufar. Yo, para que viera que no era menos, bufé también, pero no tenía ganas de probar sus fuerzas. No obstante, el gatazo se me vino encima, pues debió conocer que yo no era de armas tomar; yo retrocedí, como era natural; y ¡oh desgracia! caí en el tubo que creía me serviría de refugio. La caída me pareció duraba un siglo. Aquello tan oscuro ¿á dónde iría á parar? Pronto salí de dudas, pues caí en un plato de mesa que había en el fogón. Dos cocineros y un pinche me cogieron, y riendo me llevaron á la tienda, donde estaba su ama hablando con otra señora.—¡Mire V. lo que ha caído del tubo de la chimenea! —dijo el pinche.—¡Qué lastima!—respondió la señora que estaba comprando.—¿Se habrá hecho daño? Si Vds. quieren, hagan el favor de llevármelo á mi casa. ¡Pobrecito! ¡Qué susto se habrá llevado! Pagó aquella señora y se marchó, diciendo:—Ya saben donde vivo: llévenlo prontito.—Me lavó y me limpió el pinche, y su ama dijo:—Mételo en un saco: no se asuste con el ruido de los coches y se te escape.—Me metieron en un saco y me llevaron á casa de aquella señora, y al pinche le dió una propina para que se fuera el domingo al teatro. A mí me introdujeron en esta salita, pues aquella señora era mi ama. ¡Que Dios la conserve por muchos años, para que no nos suceda lo que á mí en casa de mi primer amo.

LUIS L. DE A.

Madrid, diciembre 1888.





LA OLA

(CUENTO)



Entre todas las rocas que solas ó agrupadas se extendían á lo largo de la costa, era aquella la más grande; y si bien por su base tocaba al mar, por su altura descollaba entre sus compañeras.

Erguida y altiva, miraba la roca á su vecina, una ola azul que mansa y cariñosa besaba constantemente sus plantas; pero estaba orgullosa de aquella agradable vecindad, que por muchos conceptos halagaba su vanidad, que hasta las piedras la tienen.

Y ¿cómo no si la ola, con su cadencioso besuqueo, con ese lenguaje especial que es un continuo ¡paf!... ¡paf!... la decía á todas horas:

—Yo copio tu imagen en mi movable espejo, en tus huecos dejo las algas y las conchas nacaradas que traigo de allá dentro, mi blanca espuma te embellece, y al filtrarse por tus grietas y hendiduras deja en ellas depositados gérmenes de pequeños seres; por mí te cubres de ese musgo fino de color de esmeralda.—Y la ola azul seguía, seguía besando el cimientito de la piedra.

La roca, es claro, se enorgullecía y creíase feliz por sus cuatro costados. Abajo, el continuo murmurio de la ola, el bullir de mil peces de doradas escamas, las pequeñas conchas marinas, y todo aquel puñado de gentecilla menuda que vivía pegada á ella, morando en sus huecos, escondida en sus grietas, formando colonias y pueblos, donde el liquen hacía las veces de bosques, y cualquier hendidura de abismo.

Arriba, dominaba á sus compañeras, el vientecillo del mar la acariciaba dulcemente, y las gaviotas, refrenando el vuelo, venían á descansar en ella.

¡Qué dichosa se creía! Los días se sucedían á los días, y la ola azul estaba siempre bajo ella, sonando como un arrullo y bañándola con su espuma suave como una caricia.

Cuando bajaba la marea y la ola se alejaba, entonces la roca sentía verse lejos de su vecina, y ésta desde allá fuera murmuraba:—¡Ya vuelvo!... ¡Ya vuelvo!...

Si la mar estaba algo picada, los besos de la ola se convertían en apretadísimos abrazos, y creciéndose, creciéndose coronada de blanco penacho, decía á la piedra:

—No temas, amiga: el viento nos está jugando una mala pasada; pero esto durará poco.—Y ¡zas! la envolvía, la abrazaba con ansia, con ímpetu extraño, con fuerza brutal; y se deshacía en espumosos copos, en hebras de cristal que resbalaban por la piedra y caían al mar para subir de nuevo con la ola.

La roca permanecía siempre inmovible á los caprichos de la ola, como gigante que se deja acariciar por un niño. No advertía que á veces de su base se desprendían pedazos que la ola arrastraba hacia dentro, que sus huecos y hendiduras se multiplicaban semejando los mil agujeros de una esponja, y que la ola con su continuo besuqueo socavaba su cimiento, mientras repetía, con el incesante ¡paf!... ¡paf!...:—¡Yo soy la ola mansa, tú la dura roca! ¡Paf!... ¡paf!...

—¡Vecina!—dijo un día la roca, muy asustada, á la ola.—¿Sabe V. que siento una cosa muy rara, algo así como si me barrenaran las entrañas? ¡Cualquiera que no fuese yo, diría que estaba V. mordiéndome más que besando!

Pasó tiempo, mucho tiempo. Llegó un momento en que la dura roca se conmovía toda á los besos de su vecina, que le producían estremecimientos; pero la ola azul iba y venía sin cesar bajo la piedra, ya murmurante y juguetona, ya perezosa y mansa.

Un día la ola se alzó, como otras veces, altanera en su blanco penacho de espuma, y, al confundirse con la piedra en apretado abrazo, murmurando su acostumbrado *¡no temas!*, la roca temblaba desde la base á la cima; pero se mantenía erguida y altiva, y la ola crecía, crecía, y la abrazaba con más fuerza, pretendiendo arrastrarla hacia el abismo.

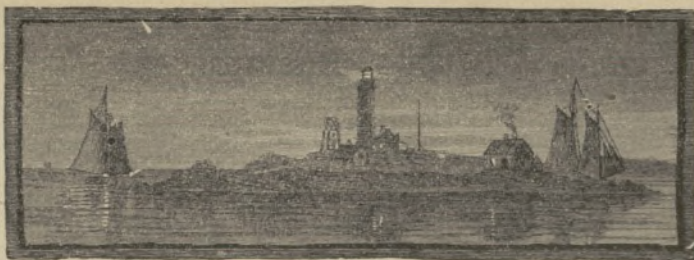
—¡Suelta! ¡Suelta!—decía la roca.

—¡Ya eres mía! ¡Ya eres mía!—dijo la ola. Y arrastró hacia el mar á la dura roca, que, al envolverse en la montaña de espuma que levantó á su caída, murmuró con rabia:—Ya es tarde, es tarde; pero al fin lo comprendo, ola infame: ¡tú eres la traición, que hiere mientras besa!

ANTONIO FERNÁNDEZ NAVARRO

Almería, 1888.





✱ NUESTROS GRABADOS ✱

LA SOMBRA

Nada temas, niña, de ese cuadrúpedo que te parece ver en la pared. Acércate conmigo y toca si no quieres creerlo. No es sino una sombra. La luz no puede penetrar á través de un caballo de bronce, como no pasaría tampoco por tu cuerpo, y sería vergonzoso que te amedrentase tan inofensiva cosa.

BUEN HERMANO

—Yo quisiera una caperuza encarnada como la tuya,—dijo un día Julia á su amiguita Susana.—No sé cuánto daría por tenerla.

—Por desgracia,—repuso la madre,—ahora no puedo comprártela, pues no tengo cuartos de sobra. Otro día será.

—Yo tampoco tengo nada que ofrecerte,—añadió Susana;—porque mi mamá no me da dinero.

Carlos, el hermanito de Susana, que había oído la conversación, fué al día siguiente á la tienda inmediata y preguntó cuánto valía una caperuza encarnada.

—Setenta y cinco céntimos,—contestó el dueño.

—No tengo más que cincuenta,—contestó el chico.

—Y ¿para quién es la caperuza?—preguntó el hombre.

—Para mi hermanita, que tiene grandes deseos de una, y á quien quisiera obsequiar.

—Vamos, pues llévatela, ya que eres tan buen chico.

Carlos salió corriendo con la caperuza para llevársela á su hermana, á quien complació á costa de un sacrificio, pues habíale sido necesario vender dos de sus juguetes á otro chico para reunir la cantidad.

EL NIDO DEL JILGUERO

—Vamos, vamos,—decía el jilguero á su hembra (era el tiempo en que los animales hablaban);—ya es hora de construir nuestro nido, porque el invierno ha terminado, las praderas reverdecen y los árboles se revisten de follaje. ¿Dónde anidaremos, amiga mía? ¿Qué preferes: la frondosa espesura del bosque, el rosal del jardín ó la copa del manzano?

—En la espesura del bosque,—contestó la hembra,—el perverso gorrión nos desalojaría; en el rosal no estaríamos libres de algún gato: vamos á la copa del manzano y estaremos más seguros.

Allí construyeron las tímidas avecillas su gracioso nido, y allí se las podía ver rodeadas de su progenie.

OCUPACIÓN AGRADABLE

Á esos niños que con frecuencia estan ociosos y preguntan á sus mamás qué harán para no aburrirse, voy á indicarles una ocupación que puede entrenarlos agradablemente.

De los periódicos ilustrados que ya no sirven, y de los libros viejos con estampas, se

recortan cuidadosamente los grabados, y con un poco de goma se pegan en hojas de papel blanco ó de tela de diez pulgadas de longitud por ocho de anchura. Estas hojas, cuyo número puede variar según el volumen que se quiera, se colocan entre dos cartones del tamaño de aquéllas ó un poco mayores, que se taladran por arriba y por abajo, y después se pasa por los agujeros una aguja con seda, teniendo cuidado de coger todas la hojas para que no escape ninguna. Si se quiere se introduce una cinta, anudándola por fuera en forma de lazo, y de este modo se tendrá un libro, ó mas bien un álbum curioso, lleno de ilustraciones de toda especie.

Hé aquí en qué pueden ocuparse útil y agradablemente los niños en sus ratos de ocio.

LOS DOS PERROS

La mamá de Matilde é Isabel quiso regalar á éstas, cierto día, dos perritos de madera de esos que, montados en ruedas, se hacen correr de un lado á otro.

Al entrar en la habitación con dichos objetos, las dos niñas corrieron hacia ella, y Matilde, que era la mayor, reclamó el derecho de elegir. Primeramente tomó uno de los perritos y después el otro, y, como cada cual le gustaba por alguna particularidad, sentóse en una silla y se quedó con los dos.

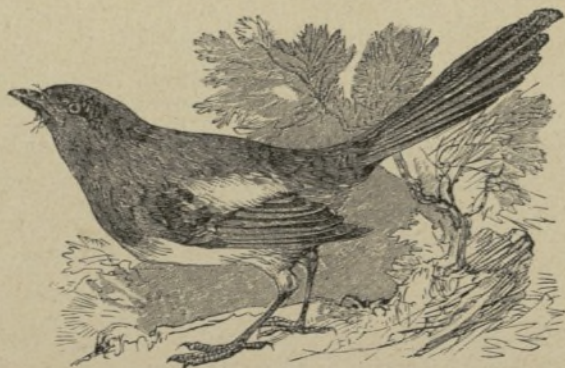
Su hermana permaneció en pie, con la mano extendida, reclamando su perro; y como Matilde se negase á dárselo, impacientóse, y las lágrimas asomaron á sus ojos; de modo que la mamá hubo de intervenir para que las niñas no riñesen, y entonces Matilde entregó uno de los perros, quedándose con el que le parecía mejor.

UN FIEL GUARDIÁN

El perro del doctor Lanes, de la raza del Monte de San Bernardo, tiene ya ocho años, y es el animal más fiel y valeroso que pueda imaginarse, admirando á todos también por su inteligencia. Sabe con singular exactitud á qué hora debe llegar el criado con la compra, anuncia con un ladrido el momento en que se ha de servir la comida, y da otras pruebas de su maravilloso instinto.

Además de esto profesa el más extraordinario cariño á la hija del doctor, niña de dos años escasos, y parece haberse constituido en su defensor. Cierta día su mamá la amenazó en broma con unas tenazas; mas apenas lo vió *Neptuno*, que así se llamaba el perro, enseñó los dientes, gruñendo en ademán amenazador.

Pero lo más raro en este noble animal es que le gusta ver las láminas de los libros: cuando la niña hojea alguno, se coloca á su lado, con las patas encima, y, apenas ve una estampa que represente un perro, meneaba la cola y parece regocijarse.



LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(NOVELA INGLESA)

El pálido fulgor de la mañana se extendía sobre las paredes grises y las torres de la catedral; el sol se elevaba lentamente, y sus primeros rayos caían á la vez sobre el palacio del obispo y sobre los nidos de golondrinas colocados en el alero de una casa vecina. Un grande arco daba entrada al claustro, cuyo verde césped aparecía siempre cuidadosamente recortado y regado. Allí dormían, durante los largos días del estío, las sombras que proyectaban las venerables torres y la bella portada de la basilica. Una grande avenida orillada por el césped conducía á la puerta principal. Viejas casas cubiertas de adornos, con pesadas puertas góticas, techos avanzados, extrañas hornacinas y muros esculpidos, rodeaban el claustro por todos lados.



Un fiel guardián

En aquel apacible lugar nací y allí pasé los primeros años de mi infancia. Largo tiempo hace no le he vuelto á ver, y desde entonces he corrido el mundo, como todos los de mi raza; pero nada de lo que he visto en los países lejanos me parece más hermoso que la tranquila atmósfera de calma casi celeste que parece rodearme cuando mis pensamientos se refieren al pasado. Veo la larga procesión de los niños de coro en traje blanco atravesar el claustro, oigo el rumor de los pasos en el sendero y el ruido de los carruajes que entran bajo la bóveda, y á veces, cuando el aire está muy tranquilo, creo distinguir las notas lejanas del órgano y la débil armonía de las voces, tan á menudo mezcladas á nuestros sueños cuando dormíamos apaciblemente en nuestra casa de las golondrinas.

Nunca la vuelvo á ver sino con un sol de estío y con las grandes sombras: en invierno nos hallábamos siempre lejos. Aunque un pitirrojo más sedentario que yo me haya hablado de un tapiz de nieve deslumbrante, de las hojas relucientes del acebo y de las bayas rojas sobre las ramas, gústame más creer que reinan siempre en aquel lugar el estío, la primavera ó los hermosos días de otoño; gústame más figurármelo con su tapiz verde esmaltado de margaritas, como el día en que por primera vez dejé mi nido, temblando, hace ya largo tiempo.

Nuestro nido estaba calientemente abrigado bajo el techo de una casa que había pertenecido en otro tiempo al organista de la catedral. Había muerto, pero la casa llevaba su nombre todavía. Podíamos abarcar de una mirada todo el conjunto del claustro, que para nosotras era el mundo entero. Durante las

largas horas en que no había oficios en la catedral y en que los rayos del sol eran los únicos habitantes de aquel recinto solitario, podíamos ver aún el interior de la casa, ó bien examinábamos las rosas trepadoras que se entrelazaban con las hojas de yedra de que estaba tapizada la pared. Los capullos de rosa, nuestra nidada de golondrinas y un niño que veíamos jugar todos los días, hé ahí todo lo que había de nuevo en aquel grave y viejo rincón del mundo.

Una mañana el sol prometía un bello día, ó á lo menos así nos lo decía



Un fiel guardián

una golondrina vieja que conocía perfectamente el mundo. Podía juzgar no solamente del cielo caprichoso de Inglaterra sino de muchos otros climas; sabía discernir en el azul sereno del mediodía los signos precursores de la tempestad; había visto á menudo las inundaciones del Nilo y sentido el abrasador siroco en las llanuras arenosas del Egipto. Había dicho que el verano había comenzado muy pronto en Inglaterra, y cuando nuestro padre y nuestra madre se marcharon, nosotros, los pequeñuelos, que comenzábamos ya á cansarnos de mirarlos volar al sol, nos fuimos á ver qué tal pensaban de aquella bella mañana nuestros amigos de la casa vecina. *(Se continuará)*

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA